

El surgimiento de la historiografía crítica en Jiménez Grullón*

Roberto Cassá**

La obra de Juan Isidro Jiménez Grullón marcó un hito en el desarrollo de los estudios históricos de la República Dominicana. Permitió ante todo, poner de relieve lineamientos de un enfoque moderno de la historia nacional y su conexión con los entornos históricos y las tareas políticas formuladas por los intelectuales. Lo que resume este carácter radica en que inauguró la consideración de la historia dominicana sustentada en el materialismo histórico y, accesoriamente, en otras corrientes del pensamiento social y político de fines del siglo XIX e inicios del XX.

Tal aplicación del marxismo representó una ruptura con las fórmulas de hacer historia que habían estado conectadas con la tradición liberal, objeto más adelante de tratamiento por el propio Jiménez Grullón, quien las englobó dentro de la corriente que denominó como “*historiografía tradicional*”, por oposición a la “*científica*”, esta última basada en la moderna teoría social. La gestación de la moderna historiografía -sin importar que se acepte o no su pretensión de científicidad- estuvo asociada a una novedosa posición del intelectual, y ejerció su incidencia dominante tras la Revolución de Abril de 1965. De tal manera, ya en la persona de Jiménez Grullón, desde el inicio de su producción

* Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, el 31 de julio del 2003.

** Miembro de número y presidente de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia.

historiográfica, se estableció una relación nueva del intelectual con el medio histórico. La historiografía previa, en términos generales, se correspondía con el entorno social y la cosmovisión ideológica del intelectual también “*tradicional*”, mientras que la historiografía “*científica*” era producto de la acción del intelectual “*moderno*”.

No es este el lugar de desarrollar las posibles implicaciones de la dicotomía entre intelectuales tradicionales y modernos. Baste, sin embargo, considerar que los primeros estaban, en tanto que categoría, enmarcados en el servicio al Estado, como componente definitivo de su posición dentro de la totalidad social. De ahí que fueran pocos los intelectuales que renunciaban a la inserción en los mecanismos de poder y emprendían la crítica de las realidades existentes. En contrapartida, y aunque se hayan perpetuado muchos mecanismos preexistentes de conexión entre saber y poder, la modernización de la sociedad en las décadas recientes del siglo XX permitió el surgimiento de una posición más independiente del intelectual, lo que le ha permitido desempeñar una función crítica, como señaló Pedro Mir, asociada a los intereses de la categoría pueblo por oposición al Estado.

En el plano político, por consiguiente, la dicotomía entre intelectual tradicional y moderno comporta que el primero se mueve fundamentalmente dentro de la ideología liberal, que se traduce de manera mayoritaria en una práctica conservadora, mientras el segundo adopta una ideología antisistémica, generalmente marxista, que conlleva un proyecto de revolución social.

Jiménes Grullón puede ser visualizado como el primer dominicano que adoptó los perfiles acabados del intelectual moderno, por el hecho de que conectó una postura de cuestionamiento del despotismo trujillista con una reelabo-

ración sistemática de la panorámica histórica dominicana en clave crítica. Adicionalmente, desde el inicio de su producción, superó el liberalismo y adoptó posturas radicales tendentes al objetivo de una revolución de nuevo tipo.

Por consiguiente, Jiménez Grullón ocupa un lugar bien definido en esta posición innovadora, que le confiere especificidad y originalidad a su obra. En una etapa formativa, correspondiente *grosso modo* al período entre finales de la década de 1920 y los inicios de la década de 1940, se situó como un “*populista*” o “*nacional-revolucionario*”, orientado por la adopción embrionaria de la teoría marxista como principal referente doctrinario. En una etapa ulterior, iniciada hacia 1965, pasó a definirse como un marxista revolucionario, específicamente leninista, con el propósito de coadyuvar a la gestación de un orden socialista.

Su inserción dentro de los medios radicales que empezaron a aparecer en el país a finales de la década de 1920 no fue ajena a la formación intelectual que él había logrado en Europa, donde obtuvo rudimentos del materialismo histórico y formó parte de círculos de intelectuales latinoamericanos jóvenes partidarios del marxismo. La Revolución Rusa de 1917 tuvo proyecciones definitivas en la ubicación de una porción de los intelectuales de América Latina con vocación crítica, al inclinarlos hacia el marxismo.

Empero, al retornar al país en 1929 Jiménez Grullón se encontró con un panorama caracterizado por la inexistencia de un movimiento socialista organizado. Apenas comenzaban a conformarse los primeros círculos que apuntaban a la conexión con la Internacional Comunista y la creación de un partido comunista. Tal retraso respecto a la generalidad de países latinoamericanos era explicable por la pequeñez y peculiaridades de nuestra clase trabajadora, como parte de la persistencia del predominio sociodemográfico del mundo

rural; también cabe relacionarlo con el ascendiente que logró la teoría positivista entre los medios cultos, precisamente como parte de los escasos márgenes de independencia de los intelectuales respecto al poder. A pesar de sus propósitos progresivos y hasta libertarios en la vertiente de Eugenio María de Hostos, el positivismo implicaba, por definición, una mirada sistémica dentro del orden capitalista como correlato de la exaltación de la modernidad.

Adicionalmente, a pocos meses de llegado Jiménes Grullón al país aconteció el asalto al poder por Trujillo, en febrero de 1930. La instauración de un régimen tiránico sin precedentes replanteó las posibilidades de conformación de una intelectualidad revolucionaria. Todos los esfuerzos se concentraron en la tarea de derrocar al régimen por medios conspirativos. Jiménes Grullón tuvo una participación señera en uno de los esfuerzos de mayor relieve al respecto, protagonizado en Santiago por una coalición de activistas de izquierda simpatizantes con el marxismo, estudiantes normalistas y restos del viejo caudillismo. Además de la labor conspirativa, y en la medida de lo que era aún permitido antes de sistematizarse la maquinaria totalitaria, Jiménes Grullón desplegó esfuerzos culturales en la *Sociedad Amantes de la Luz* y en el proyecto de una universidad obrera.

No obstante lo novedosos que resultaban tales esfuerzos, debió quedar palpable que no era viable, en las condiciones de dominio de Trujillo, practicar una política marxista, sino priorizar la lucha por la democracia. Así está señalado por el propio Jiménes Grullón en los interrogatorios publicados acerca de la abortada trama, cuando tomó distancia del colectivo marxista de la disuelta *Asociación de Instrucción y Socorro de Obreros y Campesinos (AISOC)*.

En el exilio, posterior a 1935, tras largos meses en prisión, aconteció algo parecido. Jiménes Grullón fue proba-

blemente el primero en propugnar por una política radicalmente distinta de la que exponían los antiguos partidarios de Horacio Vásquez y otros exilados pertenecientes a los sectores de poder previos a 1930. Frente al liberalismo de estos, Jiménez Grullón propugnó por una política revolucionaria, en términos generales consistente en recuperar las propuestas que venían expresándose desde la década de 1920 en América Latina, lo que terminó caracterizado como “*populismo*”. Así lo reconoció en 1974, en el texto de presentación de la edición dominicana de *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*, libro publicado por primera vez en el exilio, en La Habana, en el año 1940.

Pero es en el propio libro donde se pone de relieve la naturaleza del proyecto político del exilio revolucionario, a fines de la década de 1930, y sus fundamentos ideológicos. En tal sentido, el libro registra un sesgo que es producto de las expectativas que emanaban del curso de la Segunda Guerra Mundial, entre ellas la disminución del fenómeno imperialista. Está bien establecido que Jiménez Grullón, junto a otros exiliados, como Ángel Miolán y Juan Bosch, entablaron relaciones con el Partido Socialista Popular, el partido comunista de Cuba. Esto se correspondía con la matriz teórica del libro de corte marxista. Sin embargo, este texto no concluye planteando la organización proletaria para la consecución del programa del socialismo. Su propuesta, de naturaleza nacional-revolucionaria, o populista, en contraste con la orientación socialista de intelectuales de vanguardia de otros países de América Latina, puede ser explicada tanto por la coyuntura como por el trasfondo general de la historia dominicana.

En el exilio se mantuvo incólume la prioridad de derrocar a Trujillo, lo que requería la unidad con otras corrientes; la misma extrema izquierda, de escasos adherentes, se

caracterizaba por su heterogeneidad y su renuencia a adoptar un programa socialista. Hacer política en esas condiciones, por ende, necesariamente implicaba renunciar en la acción a tal tipo de conceptos. Es lo que sucedió a raíz de la fundación del Partido Revolucionario Dominicano, poco después de publicado el libro.

En segundo lugar, a pesar de sus simpatías por la tradición comunista, seguramente magnificadas con motivo de la situación creada por la guerra, Jiménes Grullón razonó el fundamento sociológico que, en el largo decurso de la historia dominicana, se interponía a una política de tal género. Esto se encuentra en la otra cara de la moneda para la fundamentación de una propuesta radical, lo que está detrás de toda la empresa de *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*, reiterando la exaltación que le acordó Juan Bosch, su prologuista. El recorrido que se efectúa en el libro a lo largo de la historia dominicana tiene un solo objetivo aparente: proveer sustancia intelectual al proyecto populista.

Se pone en evidencia, así, la preferencia por la síntesis general del proceso histórico dominicano, una constante a ser continuada dentro de la historiografía moderna, que como continuadora de una perspectiva nacional encontraba su razón pragmática en la dilucidación del proceso en su conjunto. De la misma manera, este formato expositivo ha estado adecuado a una exigencia pedagógica, asociada con el supuesto de que coadyuvaría a la consecución de los objetivos revolucionarios a través de la contribución a la formación de los sujetos. Acaso el principal aporte de tal formato de producción historiográfica, llamado a perpetuarse en obras ulteriores de Jiménes Grullón y otros autores, vino a ser el de la crítica social y cultural.

Jiménes Grullón no realizó para ello una labor típica del historiador profesional, lo que se expresa en un manejo

bibliográfico limitado y la ausencia de investigación documental. Ello no fue óbice para que lograra un producto de fuerza y originalidad. Mostró una comprensión fluida de muchos componentes de la realidad social dominicana, seguramente a partir de transmisiones orales y experiencia personal, retroalimentadas por el inicio del estudio de la historia dominicana, sobre todo con la ayuda de escasos textos. El aspecto principal al respecto radicó en que la recepción del marxismo catapultó una variación de problemáticas en la historiografía dominicana. Al mismo tiempo, se trataba de un marxismo no exactamente ubicado dentro de la ortodoxia soviética, gracias a la formación cultural del autor, lo que le permitió explorar áreas que habían quedado excluidas por tal codificación. En rigor, siguiendo las anotaciones retrospectivas del propio autor, no tenía un dominio cabal del materialismo histórico, lo que en cierta manera lo ayudó a orientarse hacia lo original del medio dominicano, aunque, como él mismo también lo indicó autocríticamente, comportando recaídas en proposiciones idealistas.

Lo anterior es lo que hace que la obra constituya al mismo tiempo una mirada filosófica de la realidad dominicana, considerada en perspectiva histórica, y un estudio del discurrir puntual de su historia. Junto a las determinaciones marxistas, centradas en la noción de lucha de clases, se alzan proposiciones generales características de la historia dominicana. En tal tesitura, la obra avanza a través de contrapuntos entre los hitos progresivos de la historia en su devenir y las caracterizaciones explicativas generales.

De tal manera, la lucha de clases está enmarcada en determinaciones un tanto suprahistóricas, como la de la “*sublimación del ocio*” a través de la política, tendente a explicar la función ordenadora de la actividad política dentro

de los conglomerados sociales, a diferencia de lo más típicamente acontecido en otros países. Esta explicación, según Bosch marxista y freudiana, es la base para reflexionar el papel de la política como instrumento clave de promoción social. A pesar de que propone una división de clases, no encuentra la génesis del fenómeno de lo político en ella misma, y menos en la estructura económica vista aisladamente, sino en una derivación general que unifica prácticas de promoción social de diversos sectores. Este tipo de explicación se inserta de un cuadro cerrado que atraviesa toda la historia dominicana: en efecto, desde las primeras páginas del libro enuncia un principio genérico característico de todo el entramado de la historia nacional, como es “*la lucha contra la adversidad*”.

Aunque hace señalamientos plausibles acerca del orden colonial, *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente* carece de un enmarcamiento estructural de las clases, seguramente expresión de la modalidad de recepción del marxismo. Muchas de las explicaciones ofrecidas acerca de la génesis del conglomerado dominicano no guardan relación con el sentido del método marxista. Atribuye, por ejemplo, el retroceso que significó el régimen esclavista en la colonia respecto al ordenamiento social en España, a que los tres grupos étnicos que conformaban su población no estaban preparados para la modernidad, cuando debió más bien partir de la ecuación contraria. En la misma tónica, muchos de los desenlaces bajo el orden colonial son atribuidos a “*errores*” de España.

De ahí que sitúe una estructura de clases permanente desde la época colonial, aunque de utilidad operativa para el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Las clases sociales de la formación social dominicana se corresponden, en esta visión, al régimen capitalista, puesto que son la burguesía, la

clase media y el proletariado. Ofrece, ciertamente, algunas especificaciones de tal composición, a lo sumo genéricas, como la correlación de las clases con grupos étnicos y el monopolio por la burguesía de la cultura urbana. Pero no conecta esas peculiaridades con un sistema económico.

Empero, más allá de tal tipo de simplificación, Jiménez Grullón tiene la capacidad de captar que los contornos específicos escapan al esquema, al aseverar la debilidad de la burguesía, la amplitud de la clase media, que asimila sobre todo al campesinado y la pequeñez del proletariado. Estas incursiones en las peculiaridades de la historia dominicana están apuntaladas por conceptos ideológicos, a menudo expresados de manera idealista, al margen de determinaciones históricas precisas. De tal manera, intuiciones acertadas no logran ser encajadas suficientemente en el esquema de la lucha de clases. Es el caso del deslinde de una porción “*pura*” respecto al resto de la burguesía en las décadas finales del siglo XIX.

A pesar de los límites que registra tal aproximación, el texto da un paso de sensibles consecuencias en la dilucidación de la historia decimonónica, superando las indefiniciones de los historiadores tradicionales, al encontrar una base a la lucha entre liberales y conservadores en el ámbito de la división de clases. Para Jiménez Grullón, hasta la Restauración de 1863-65 la burguesía adoptó en bloque la postura conservadora, centrada en el anexionismo, mientras que la clase media y el proletariado se comprometieron con la ideología liberal, específicamente a través de un ideario nacional-democrático.

Pero tiene la agudeza de captar que la referida división de clases resulta insuficiente para explicar la marcha de la historia decimonónica. Por ello, sitúa un bloque de poder históricamente más plausible alrededor de la alianza,

replanteada durante la dictadura de Heureaux, entre la clase burguesa con “*otras dos castas*”, el “*politicastro profesional*” y el “*espadón ignorante*”. Debido a las carencias económicas de la clase dominante, Jiménez Grullón visualiza desde entonces al Estado como “*máquina corruptora*”. De acuerdo a las conclusiones, elaboradas a partir de una apreciación intuitiva o basada en recuerdos y experiencias, se produjo así el paso desde la búsqueda del poder por el poder a un propósito del poder condicionado por la obtención de riquezas.

Adicionalmente, y también como expresión de la debilidad de la burguesía y del carácter mayoritariamente rural de la clase media, incorpora el fenómeno del caudillismo como medio de explicar los vericuetos de la historia decimonónica y la frustración de los propósitos nacionales. A su vez, el fundamento del caudillismo lo encuentra en la cualidad psicológica del personalismo, categoría de uso corriente en intelectuales tradicionales, lo que pone de relieve deudas con apreciaciones y problemáticas de intelectuales anteriores, aun fuera exclusivamente por medio de su traducción a un saber cotidiano. De todas maneras, Jiménez Grullón fue el primero, gracias a sus novedosos instrumentos metodológicos, en realizar una descripción del caudillismo como sistema de autoridad: la precariedad en que se debatían los integrantes de la burguesía y la clase media urbana lo llevó a acentuar la primacía de lo político como medio de subsistencia.

“Empujadas por la crisis económica, buscaban esas familias apoyo en la política. Una urgencia básica –la de la conservación personal- y no propósitos patrióticos, explicaba, por lo general, la actitud. Rodeaban ellas a los jefes políticos colmándolos de manifestaciones de lealtad y de elogios (...) Así, con el aporte personal de los más destacados

miembros de esas familias fué enriqueciéndose la casta politiqueril y maculándose la fuerza pura de los dos partidos históricos (...) Lógicamente, la fuerza que movía a esos politicastros no era otra sino el afán burocrático. Toda aquella lealtad al caudillo tenía un común denominador: el puesto público.”

Aunque de base militarista y pretensión autocrática, el caudillismo se sustentaba en el conjunto de los sectores dominantes, teniendo los políticos profesionales el papel central, por cuanto aseguraban el funcionamiento administrativo del Estado. En otra parte sustenta la autoridad de los caudillos nacionales en una red de pequeños caudillos rurales, lo que culminó en un resultado vicioso en los albores de la Ocupación Militar Norteamericana de 1916-1924:

“Las ambiciones personales y la politiquería tenían mayor peso, ante los ojos de muchos líderes secundarios que los intereses reales del país. El caudillismo, como sistema de gobierno, había entrado ya en un período de franca desintegración. Los líderes menores se proyectaban en sus actitudes como enemigos del pueblo. Buscaban ventajas personales, consolidación del mando, oportunidades de enriquecimiento.”

A su vez, el personalismo, en la base del caudillismo, era principalmente emanación de la ignorancia de la masa del pueblo, sujeto a condiciones de corte colonial. Daba lugar a luchas políticas que estaban exentas de principios. Y, aunque él la situara como explicación secundaria, introduce una instancia para la justificación de la política populista: el acceso generalizado a la tierra por parte de la masa de la población rural, lo que le permite caracterizarla como clase media. Salvo fundamentalmente Pedro Francisco Bonó, casi ningún liberal había teorizado en esos términos el peso del

campesinado en la estructura social y las consecuencias en el sistema político.

Es difícil que entonces Jiménes Grullón hubiera leído a Bonó, lo que no impidió que llegara a conclusiones parecidas en lo concerniente a la ausencia de determinantes económicos o clasistas en las contiendas políticas. La causa sustantiva estribaba en que todo habitante rural tenía medios de tornarse en propietario, con lo que se eliminaba el punto focal del conflicto de clases de las sociedades tradicionales. Aquí encuentra Jiménes Grullón, fructíferamente, la causa más profunda de los contornos originales de la historia dominicana, si bien resulta descontextualizada fundamentalmente de un análisis económico sistemático.

Lo más interesante es que no solo registra el hecho, sino que, reformulando la propuesta de Bonó contraria a la proletarización, Jiménes Grullón juzga la escasa proletarización como favorable a los intereses del pueblo. Advierte que la aparición de factorías azucareras modernas fue un fenómeno tardío que no logró alcanzar la extensión que en Cuba y Puerto Rico, ni siquiera durante la Ocupación Militar Norteamericana, permitiéndose así la continuidad deseable de la clase media como soporte de la comunidad nacional.

Puesto que está dirigido a prevenir el desarrollo capitalista, en este caso el análisis marxista opera como instrumento para fundamentar una propuesta populista. No hay referencias, al menos en ese texto, a los *narodnikis* rusos, pero Jiménes Grullón pertinentemente reproduce su estrategia, aunque no la dirigiera explícitamente a la construcción del socialismo. A pesar de sus simpatías por la política comunista, Jiménes Grullón no podía aceptar algunas de sus consecuencias, basado en la consideración de las características de la realidad nacional.

Y no se trataba de que acudiera sobre todo a invariantes ahistóricos, puesto que su visualización registra procesos de cambios. Se puede apreciar que la capacidad de penetración se acrecienta progresivamente a medida que el estudio avanza en el tiempo, lo que puede atribuirse al peso preponderante de la familiarización con la realidad, y no tanto del cotejo sistemático de fuentes primarias en el sentido en que se identifican por los historiadores.

De ahí que la parte más lograda de la obra desde el punto de vista histórico sea la dedicada al régimen de Trujillo. Al mismo tiempo, aunque mantiene la denuncia sobre la dictadura, como era usual entre los exiliados, inaugura una temática que intenta identificar analíticamente las bases de sustento del régimen. Este se explica por una crisis previa de

“todo el sistema, todas las estructuras directoras y formadoras del movimiento político nacional desde la creación de la República”.

En efecto, registra con agudeza cambios de mentalidades y en el funcionamiento de la economía, que acarrearón la ocupación militar y se exacerbaron en cierto modo durante el régimen de Vásquez a través de la corrupción administrativa. Uno de los resultados fue el naufragio de los principios éticos, en lo que localiza una de las bases del orden trujillista.

“La intervención desvió la marcha evolutiva de las normas naturales de vida política del pueblo al provocar desquiciamientos, tanto en lo social como en lo psicológico.”

Aunque, como era inevitable, reconociese que el régimen trujillista se acompañase de elementos inéditos, no deja de adscribirlo fundamentalmente a un sentido de continuidad, ponderándolo por consiguiente como un producto de las líneas de fuerza de la historia nacional. De ahí que el bloque social de apoyo sea básicamente similar a los anteriores. El sector

militar dirigente, representado en Trujillo, obtuvo el apoyo de la intelectualidad y luego del grueso de la burguesía. Comprometido con una postura radical, Jiménez Grullón amplía ese sistema de alianzas al incluir al aparato eclesiástico y a la inversión foránea directa. Sin embargo, seguramente por consideraciones políticas de oportunidad, prefirió soslayar el apoyo activo del aparato político norteamericano, limitándose a señalar que estuvo ajeno a la toma del poder por Trujillo y que se limitó a ofrecerle reconocimiento. Esta apreciación fue corregida por él mismo en la década de 1970 de la consiguiente manera apasionada.

El autor identifica, aunque con formulaciones algo casuísticas, el mecanismo de gestación del régimen alrededor de la voluntad de Trujillo, lo que puede ser explicado por la supremacía del aparato estatal y del papel extraordinario del tirano en el ordenamiento del país. Pero deriva el régimen como emanación de la psique de Trujillo. Aquí se revela la búsqueda de explicaciones fruto de la convicción y la experiencia, pero que no cuadran con el análisis materialista. Tras un extenso diagnóstico de la personalidad patológica de Trujillo, concluye:

“Todo su régimen no iba a ser otra cosa que un reflejo de las actitudes de su propia vida, un derivado fiel de su psicología. La pasión del poder, definitivamente satisfecha, iba a proyectarse sobre la colectividad en la forma de una autocracia cesarista; la pasión del enriquecimiento, satisfecha también, iba a acarrear la pobreza de los demás. Nunca aparecieron los actos de un gobierno, tan claramente en armonía con la índole espiritual del gobernante. Si ellos asombran por lo absurdo, el asombro desaparece cuando se recuerdan sus anormalidades mentales; si satisfacen por la coherente disposición, el secreto de ésta lo hallamos en el don del método. Cada vez que en el análisis de su régimen se

encuentran cosas inexplicables, que el estudioso quiere descifrar, su tipología las descifra.”

La descripción del trujillato se centra en la extorsión económica sobre la población, práctica que visualiza como dato novedoso en la historia, aun cuando no la relacione con una lógica capitalista, sino con las necesidades del orden a partir de la exteriorización de la personalidad del tirano. Aun así, la exhaustiva panorámica del aparato económico de Trujillo indica el peso acordado a la cuestión económica. Ahora bien, lo más interesante es que, en concordancia con su mirada populista y su pasión antitrujillista, Jiménez Grullón no visualice el emporio del tirano como expresión del desarrollo capitalista, considerado en sus implicaciones históricas progresivas, sino como un retroceso histórico. Para el intelectual crítico que era, el capitalismo agrario entorpecía y hasta ponía en riesgo el proyecto nacional.

“Es obvio que la generalización de estos despojos por parte del dictador, ha implicado un positivo regreso histórico. País esencialmente constituido por la pequeña propiedad rural, la República Dominicana ha visto ahora crecer y desarrollarse las grandes fincas del gobernante y de sus acólitos. Lo que sólo hizo parcialmente el expansionismo financiero norteamericano, lo han estado realizando ellos con amplitud.”

A pesar de la pauperización de las masas, llega a la conclusión de que Trujillo no desplegó un proceso que llevase a la destrucción de la pequeña propiedad. La permanencia de esta *“ha salvado al país de una completa ruina”* por cuanto era el medio de sustento de la mayoría de la población. Por otra parte, esta imposibilidad del avance capitalista es visualizada como reserva para la viabilidad del cambio revolucionario. Ciertamente, tiene la lucidez de aceptar, aun sea de manera vaga, que los cambios materiales promovidos

por los norteamericanos y Trujillo ofrecían factibilidad material a la revolución, pero deposita la confianza de su protagonismo en la no desaparición del campesinado. En definitiva, piensa además, que el replanteamiento económico no se ha conducido por vía capitalista, sino servil, gracias a extorsiones inauditas, como el uso de presidiarios. De ahí que, en correlación con el escaso desarrollo industrial, juzgue que la clase trabajadora proletarizada seguía siendo una porción insignificante de la población. Tal constatación sería en lo adelante la base del populismo dominicano, singularmente proyectado por Bosch, en lo que los marxistas-comunistas desde poco después mostrarían un abierto desacuerdo.

Es sintomático al respecto el silencio que muestra Jiménez Grullón en cuanto a las fuerzas sociales de apoyo del proyecto revolucionario. Este implica “*una transmutación de ideas, leyes y costumbres*”, pero no de estructuras económicas, en definitiva, porque de lo que se trata en la conclusión no es tanto aniquilar la burguesía, sino de ordenar un sistema científico que supere el caudillismo y la ignorancia. La instancia para la gestación de tal novedad es el partido revolucionario, superador de las formaciones previas, que eduque al pueblo y lo represente. No se visualiza, en consecuencia, en la consideración estratégica, una política clasista proletaria, sino de la conformación de un sujeto transclasista (de hecho, ni siquiera emanación del campesinado) que encarne el ideal del bien. El papel sustantivo del partido debe consistir en inocular en la masa la conciencia nacional y moral que supere su estado de ignorancia.

El imperativo de acabar con Trujillo termina, en cierta manera, anulando las consideraciones socio-históricas. La categoría de pueblo no encuentra otro antagonista que la propia dictadura. De ahí la esperanza en la cooperación de

Estados Unidos con tal objetivo, contrariando su evidente solidaridad con Trujillo. El imperativo en cuestión conllevaba que se obviara cualquier consideración acerca de etapas diferenciadas en la aplicación del programa revolucionario, como ya era norma en la estrategia de los partidos socialistas y comunistas.

Aunque con matizaciones resultantes de coyunturas, en términos generales Jiménez Grullón mantuvo el paradigma ideológico y sus implicaciones en su accionar político de las dos décadas posteriores. Es lo que explica que, sin dejar de ser un intelectual crítico, como muestran varias de sus obras posteriores de mayor calidad, se ubicase al margen de la corriente marxista organizada y presentase propuestas democrático-revolucionarias contra Trujillo, no excluyentes de alianzas con los norteamericanos y otros factores de poder. Tal adscripción estuvo en el origen de trágicos errores e inconsecuencias desde las luchas finales contra la dictadura, especialmente, en los años inmediatamente posteriores.

A partir de 1965 la radicalización del conflicto social y político tuvo por consecuencia la aparición de una intelectualidad revolucionaria inspirada en el marxismo con capacidad de incidencia en la vida cultural del colectivo. Hasta entonces tal conglomerado de intelectuales era minúsculo, aunque brillaban algunas figuras de relieve. En las nuevas condiciones encontró un público que le imprimió el matiz de necesidad social. Jiménez Grullón tomó parte en este movimiento de forma preponderante, erigiéndose en el intelectual crítico por excelencia hasta su muerte. Los saldos del proceso histórico lo llevaron a la conclusión de que no había razones para seguir depositando expectativas en las soluciones populistas.

Tal convencimiento retrataba al intelectual de vocación auténtica y al revolucionario de convicción, por lo que mostró

una intransigencia que llegó a dimensiones legendarias. Por tanto, estuvo precedido por autocríticas acerca de sus errores que habían culminado con su respaldo al Golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963. Las claves problemáticas del populismo, progresivamente en contraposición con el marxismo revolucionario, junto a actuaciones pasionales e interesadas propias del dirigente político, habían situado a Jiménez Grullón dentro del bloque dominante, en conflicto con su estructura mental revolucionaria nunca abandonada.

El punto central de la reubicación ideológica fue la adopción del marxismo en forma incontrovertible, tanto como instrumento de análisis como de acción política. De ahí el nervio de su acción crítica contra las manifestaciones neopopulistas izquierdistas encabezadas por Juan Bosch al frente de un Partido Revolucionario Dominicano, cuyo anticomunismo había tenido que ceder ante las circunstancias de la radicalización de los sectores más activos de la población desde antes de la Revolución de 1965.

Contrariamente a las medias tintas del populismo, que concluirían a la larga en su reinscripción en los marcos del sistema social y político, Jiménez Grullón se erigió en paladín de una ruptura conceptual y política. La adopción del marxismo registró una vocación ortodoxa, aun cuando no exenta de componentes críticos, que se tradujo en la asimilación del marxismo leninismo. No quiere decir que exactamente aceptara la ortodoxia soviética. Más bien evitó sus extremos dogmáticos, aunque, como era inevitable, aceptase muchas codificaciones que habían sido universalmente consideradas parte de todo marxismo. El corolario fundamental de tal postura radicó en la primacía de los objetivos estratégicos del socialismo. Empero, no se ubicó en un encuadramiento partidario, como era de rigor en la política comunista aceptada en bloque por él, sino que propugnó por

que adoptara expresiones fructíferas. A tono con la condición de intelectual independiente, junto al sistema, sometió a crítica a la izquierda organizada de la época, por estimar que no se compadecía con la naturaleza de una práctica revolucionaria genuina.

Esta ubicación explica que abandonara la acción política y se centrara en la labor investigativa y publicitaria. El resultado se tradujo en la primacía académica de la investigación histórica. Los años finales de su vida se centraron en la gestación de la vasta obra *Sociología política dominicana*, de la cual publicó tres volúmenes, y que quedó trunca, por permanecer inédito gran parte del cuarto volumen.

Por varias razones, esta obra logró alcances mucho mayores que *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*. Por una parte, estaba armado de un sentido de la ortodoxia, amparado en una formación intelectual única dentro del marxismo local. Sometió a crítica más sistemática a las ideologías contrapuestas, como había hecho respecto a Ortega y Gasset. Sometió a crítica su propio pasado. El Jiménez Grullón “final” mostró la cualidad firme de eliminar todo rezago populista e idealista. De ahí la respuesta que ofrece acerca de las características de la formación social dominicana y el formato historiográfico persistente de historia nacional, como medio para conferir fundamento intelectual al proyecto socialista.

En *Sociología política* se asevera el predominio del régimen capitalista y por consiguiente de la burguesía, por lo menos desde 1844, aun sea por premisas metodológicas y búsquedas políticas distintas a las de *República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*. Tal supuesto se acompaña por la coexistencia con un modo de producción “colonial”, similar a las relaciones feudales y proveniente de la esclavitud.

Lo que interesa en este caso es trazar una historia política con un fundamento materialista.

Pero todavía con más fuerza que en *República Dominicana. Análisis de su pasado y presente* no se establecen, al menos suficientemente, las conexiones estructurales entre relaciones de producción y clases. No está trabajado el ámbito estructural de los modos de producción, de lo que resulta que aparecen como *a priori*. No significa tal señalamiento, por supuesto, el reclamo de que se haga una historia estructural como requisito puntual de toda historia política, sino que deben trazarse las justificaciones de los referentes estructurales.

Más bien lo que está planteado en *Sociología política* es un conjunto de supuestos teóricos, que concluyen en la cristalización del fenómeno ideológico al mismo tiempo dentro de un juego de determinaciones estructurales y de relativa independencia. Esto último es lo más característico de la obra, lo que se observa en la primacía de los sujetos en la acción. Para tal síntesis de historia política tiene que apoyarse en un conjunto de mediaciones, por efecto de una sobredeterminación del fenómeno ideológico, entre las cuales se pueden destacar las siguientes:

1. Centralidad del conflicto ideológico en la lucha de clases entre la clase media y la burguesía, alrededor del nacionalismo y el anexionismo;

2. División de la burguesía en sector conservador y liberal por efecto de la vigencia de la cuestión nacional;

3. Inexistencia de conciencia de clase en el proletariado decimonónico; y

4. Consecuentemente, el protagonismo histórico-político de hecho descansa en la burguesía y la clase media, tesis en

definitiva no muy distinta a la antes expresada por la problemática populista.

Estos problemas y sus implicaciones teóricas no están tratados de manera sistemática, sino intercalados en la narrativa de los procesos políticos. Tal vez en la adopción de tal procedimiento expositivo primó la consideración pedagógica de la historia nacional.

En cualquier caso, y dado que la empresa se dirige a la historia política, muy matizada por las exigencias de crítica social y cultural, se advierten en *Sociología política* absolutizaciones alrededor de reducciones de los supuestos de las determinaciones clasistas. Tales visiones conllevan un espíritu distinto a las aperturas ante la realidad contenidas en *República Dominicana. Análisis de su pasado y presente*.

Con estos señalamientos no se pretende invalidar el resultado historiográfico logrado por él en sus últimos años de vida; se pretende, simplemente, situar sus características teórico-metodológicas. No cabe duda de que, puntualmente, sus análisis sobre episodios de la historia política están repletos de observaciones fructíferas y contribuciones intelectuales, particularmente en la dimensión crítica. Aun sea en el discurrir de los hechos, introduce explicaciones de indudable valor referentes a los móviles de la acción de los sujetos involucrados.

La revisión de la obra de Jiménez Grullón, en sus dos momentos –populista y marxista-leninista-, permite advertir la introducción de problemáticas que adquirirían rangos generales en la producción historiográfica ulterior. El marxismo ha ofrecido el instrumento cuasi universal de análisis a las generaciones dominicanas recientes, por lo que se requiere dilucidar las variantes del marxismo empleadas por los investigadores. De ahí que se necesite desarrollar la

aproximación a los cuerpos de problemáticas derivados tanto de la aproximación populista como de las más definidamente marxistas.

En principio, las características del régimen social dominicano se adecuan en mayor medida a los corolarios del populismo. Esto no es ajeno a la vigencia de los estereotipos populistas de clasificación social, sobre todo el propuesto por Bosch a partir de la universalidad de la pequeña burguesía. Tal reconsideración tiene importancia como mediación para acceder a las claves de la constitución de una historiografía crítica, de vocación científica y cosmovisión marxista, que ha tenido hasta hoy en Jiménez Grullón a su exponente de mayor relieve.